HERALDO DE MURCIA

AÑO III — DIARIO INDEPENDIENTE — NUM. 674

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres meses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

MARTES 5 DE JUNIO DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En cuarta plana. . . . . 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. . . . . 00'10 id. id.
En primera. . . . . 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15.

Ni provocadores ni débiles

No nos conoce quien nos crea capaces de cesar, ni por halagos ni por amenazas, ni por ofrecimientos ni por temores, en campaña alguna emprendida en estas columnas. ¿Qué campaña en ellas sostenida, hemos interrumpido con motivo de sucesos recientes?

Lo que pasa es que no somos sistemáticos en el ataque ó la censura. Atacamos ó censuramos cuando encontramos motivo para ello ó al ataque y la censura se nos provoca: sobre todo cuando se trata de cuestiones en que se ventila, más que mezquinos intereses personales, los intereses públicos sagrados y respetabilísimos.

Esta creemos que es la mision de la prensa: no la de combatir por combatir, sistema que no hemos empleado nunca, por no estar dentro de nuestras convicciones sobre lo que el periodismo es y representa.

Ni envidias, ni despechos, ni ninguna mezquina pasioncilla, de esas que suelen atribuir á los demás quienes juzgan por los propios los agenos sentimientos, han impulsado jamás nuestras campañas periodísticas, que miente quien diga que no han obedecido siempre á móviles honrados y desinteresados de nuestra parte.

¿Y porqué sentir esas envidias, ni esos despechos? Bueno que los sientan quienes aspiren ó sueñen con grandezas, con representaciones que ven obstentar á otros en tanto que ellos no han logrado obtenerlas. ¡Pero nosotros! Nosotros que solo aspiramos á vivir modestamente la vida del periodista, á interpretar en cuanto es dable á nuestras pobres facultades los sentimientos y aspiraciones de la opinion, no tenemos porque sentir tristezas del bien ageno, ni porqué contemplar con sentimiento á los que se elevaron, por virtualidad de sus méritos ó azares de la fortuna, á las cumbres de las posiciones políticas ó sociales.

En cuantos juicios se han emitido en estas columnas del HERALDO, podrá haberse apreciado á veces la energia de los que sienten ardorosamente una conviccion ó la viveza propia del ataque con que se contesta á otro ataque ó á una reticencia: nadie habrá visto en cambio la injuria personal de la que siempre huimos, por el respeto que todas las personas nos inspiran, cualesquiera que sea la causa que defiendan ó las aspiraciones que representen.

¡Y extemporánea é inoportunamente se nos acusa de excesos en el lenguaje, por aquellos que nunca supieron censurar sin llevar envuelta en la censura la molestia personal y el concepto y la frase ofensivos!

Como esos excesos en el lenguaje, no han existido nunca en nosotros, no teniamos porque rectificar ni arrepentirnos. Somos lo que siempre fuimos y lo que continuaremos siendo. Periodistas dispuestos á esgrimir su pluma, con energias, pero sin procacidades, en defensa de toda causa que estimemos justa y contra toda aspiracion que consideremos lesiva para los intereses públicos.

Dispuesto á ello nos encontrará siempre la opinion, única dueña y señora de nuestros actos, y por la cual solamente nos hemos creido en el caso de dar estas ligeras explicaciones, provocadas por intemperancias que no esperábamos ni comprendemos.

Si de determinado incidente nos hemos abstenido de dar cuenta, al igual de todos los demás periódicos locales, débese á que el HERALDO nada tenia absolutamente que ver en él. Se trataba de cuestiones promovidas por determinados artículos de un semanario local, con cuyo lenguaje no estábamos ni podiamos estar conformes.

Por lo demás, repetimos ¿en qué campaña hemos cesado nosotros? Desde que nuestro periódico vió la luz pública, solo en una relacionada con ruidosísimo proceso nos impusimos silencio en determinado crítico momento, y lo hicimos por consideraciones de índole tan noble y generosa, que no creemos puedan referirse á aquel silencio nuestro de entonces las censuras que ahora se nos pretende dirigir.

Por lo que referirse puede á mas recientes debates periodísticos, en cuanto se ha dicho desde el campo opuesto, no habia molestia para este periódico ni para ninguno de sus redactores: la hubo unicamente para una dignísima personalidad, con la que unen al HERALDO vínculos de amistad estrecha y cariñosa, y esta personalidad pidió caballerosamente explicaciones que caballerosamente le fueron dadas: después de lo cual para nada teníamos nosotros que intervenir en el asunto.

Ni provocadores ni débiles: este es nuestro lema. Dispuestos nos hallamos á reñir cuantos combates sean necesarios en defensa del bien público: pero si no somos Sanchos que aspiramos al tranquilo disfrute de ninguna ínsula, tampoco somos Quijotes capaces de hacer de los molinos de viento gigantes con los que reñir en desigual batalla.

DESDE PARIS

EL PALACIO DE LA DANZA

En este famoso Palacio, tan prematuramente celebrado por la prensa parisiense, tenia yo puestos todos mis entusiasmos de cronista.

Porque aunque otra cosa parezca y aunque otra cosa haya dicho en un instante de mal reprimida intolerancia, solo me siento feliz cuando tributo elogios al arte verdadero, de cualquier género que sea: aunque sea al arte coreográfico.

Y el arte coreográfico, expléndido, original y extraordinario en todas sus manifestaciones estaba, según me dijeron, dignamente representado en ese Palacio.

Una híbrida pero flamante legion de hembras exóticas, de hembras *bailantes* con sus indumentarias respectivas y sus respectivas músicas raras, no oidas hasta ahora muchas de ellas, venian á darnos una idea de las fiestas modernas de cada pueblo y, acaso, de la civilización de cada raza.

Nos prometian bailes desconocidos, bailes nuevos; bailes que evocaban leyendas, poemas, historias, orgías, zambras ruidosas: bailes griegos, bailes turcos, bailes rusos, bailes romanos, bailes morunos, bailes españoles y, en suma, cancanescos y convulsos bailes franceses; todos los bailes con sus clásicas figuras, con todas sus mímicas, con todas sus sorpresas; sones nostálgicos de flauta, melodía de guzlas, bullicio de cascabeles, de tamboriles, de castañuelas, de guitarras «maravillosas»... Y cada trozo de música debía despertar allá en el fondo de los espiritus algún recuerdo amable ó voluptuoso, algun ensueño grato, alguno de esos vagos ensueños azules, de esos que hemos acariciado á solas todos los que amamos al arte. Y cada baile, á su vez, era como un símbolo: símbolo de alegria, emblema de fiesta, imagen pintoresca de una época.

—

Tema inagotable se me antojó el Palacio de la Danza. Tenia un vehementísimo deseo de presenciar su inauguracion. Me forjé un espectáculo «inefable», verdaderamente sugestivo, verdaderamente bello, verdaderamente grande, extraordinario, único.

Me habian dicho tantas cosas halagadoras del Palacio que lo idée magnífico y digno de intensas é impresionables descripciones!

Para espectáculos de ese género, presentados con tal explendidez, nada mejor ni más apropósito que la Crónica alada y brillante, reveladora del aspecto artístico instantáneo: unas veces regocijada, risueña, juguetona, respondiendo á la alegria de la fiesta andaluza, por ejemplo, y otras veces febril, cascabelera, rápida, originalmente libre, haciendo contorsiones y zig-zags, para describir con absoluta propiedad este baile francés de remolinos prodigiosos, de flexibilidades estupendas, de movimientos elásticos casi inconcebibles.

De esta suerte la crónica hubiera resultado espiritual en ocasiones y humana en otras, con sabor tal vez de cosa nueva y sin tal vez con sabor de cosas bellas, porque para producir bellezas el escritor no necesita sino el asunto: un panorama fascinador y uno de esos momentos de alma propicios á la produccion emocionante.

—

Desgraciadamente nada hay allí digno de un esfuerzo intelectual, aunque ese esfuerzo se reduzca á una crónica como la que escribo.

Ni el Palacio ni el espectáculo que en él se ofrece á los espectadores cándidos merecen la indulgencia de los que nos hicimos la ilusión de ver maravillas. Palacio y espectáculo juntamente dijérase que fueron concebidos en mala hora por una persona sin sentido común.

El Palacio, el famoso Palacio es un teatrucho de los diez ó doce que se encuentran á uno y otro lado de la *Rue de Paris*: el menos elegante quizás de todos ellos; el más incómodo, por lo menos: los palcos son cuatro cajones forrados de papel rojo obscuro y los demás asientos están todos escalonados como los tendidos de las plazas de toros; hay además un callejon que sirve de *promenoir*, es decir de paseo, por el cual *promenoir* se paga dos francos: las otras plazas cuestan, según el sitio, hasta ocho francos. La representación es como una Pantomima lujosa sin pies ni cabeza en el que andan mezcladas la Mitología y la vulgaridad humana del modo más arbitrario que ustedes pueden figurarse.

Terpsícore invita á la naciones á concurrir á la Exposicion de París. Las naciones aceptan y Terpsícore las recibe en su palacio rodeada de diosas vestidas á capricho con trajes cortos, ó sin trajes: algunas van descotadas hasta el estómago; otras llevan las flotantes faldas de modo y manera que se les vea una pierna redonda hasta el muslo, y dos ó tres de formas esculturales y magníficas, van envueltas en gasas para mejor mostrar la desnudez gloriosa y atrevida de sus cuerpos.

Esas mujeres bailan... Yo no se que es lo que bailan esas mujeres: es una serie vertiginosa de cabriolas, de saltos y piruetas en medio de una música explosiva y medio loca. Los espectadores, atónitos, se miran unos á otros, como preguntándose lo que ese baile significa.

Después de esos saltos incomprensibles empiezan á entrar nuevas diosas, rubias; y luego *dioses ingleses*. Y se emprende entre los rubicundos dioses una de británicas patadas que es para salir corriendo. Esto que en otro teatro hubiera producido muy buen efecto por lo caricaturesco y brutal, en el teatro de la danza huelga. No dá el resultado que los autores se proponen. Para presenciar semejantes ridiculeces se va uno á *La Roulotte* y la *Maison de Rire* que están cerca, ó á la *Barraca* de saltimbanquis que está enfrente.

El baile griego que viene en seguida de la mascarada inglesa se acoje con una atronadora salva de aplausos desde las primeras figuras, porque es el baile soñado, anhelado, arrullado por la musa de la leyenda, glorificado por una música nostálgica, blanda, temblorosa, dolorosa casi, como si en el fondo de ella, alguien evocara entre sollozos la alegria de una edad maravillosa y lejana. A esta doliente música responden todas las posturas, todas las actitudes del baile griego: baile fantástico, semi aéreo, rítmico; baile de ondulaciones y languideces olímpicas.

Es el único realmente bello entre los que allí se ejecutan; porque el napolitano aunque no está del todo mal interpretado, resulta tumultuoso y bufonesco; como el japonés que nos dan en una serie de volteretas de gimnastas, que producen vértigos. En el mismo orden de saltos irrisorios hay otras tres ó cuatro danzas tontas que no merecen anotarse y que, por otra parte, no se sabe de dónde son; por los gestos, por los brincos, por lo raras parecen chinas, algunas; otras son toscas, groseras, como la rusa que, segun sus intérpretes, consiste en unos taconeos furibundos, terribles, espantosos. El escenario se estremece y cruje bajo los piés de los bailadores, como si fuera á hundirse.

De propósito dejé el baile español para final.

Yo sé de un baile clásico, de un baile bizarro, enloquecedor, de un baile que, al compás de sonoras castañuelas y de bandurrias bien tocadas levanta los corazones y arranca gritos de entusiasmo expontáneo al que lo presencia: es un baile inimitable, único, mezcla de himno y de poema ¡qué se yo! un baile inefable que empieza suavemente radioso, ténue, ligero, con taconeos voluptuosamente apagados, con rumores indefinibles de guitarra y luego va creciendo, creciendo hasta el arrebato, como crece el amor hasta convertirse en pasion. Es el regocijante baile andaluz símbolo de la gracia española, el baile de los ritmos prodigiosos, semi-sensuales, semi-heróicos, que parece impregnado de luz, de calor; que tiene en cada uno de sus movimientos molicies meridionales y actitudes avasalladoras y extrahumanas.

Yo sé de mujeres, verdaderas artistas, que sienten, gozan, sueñan en medio de los desmayos de esa danza, entregándose á sus voluptuosos ejercicios como un poeta en los brazos de su musa.

Por eso, cuando presencio un baile de esos, ejecutado con todas las reglas del arte, con guitarras y coplas y palmadas, oigo por todas partes poesias de todos colores: y es para mi poesía la falda rizada y el mantón bordado de sedas y de estambres, y el puñado de claveles rojos prendido entre artísticos cabellos, y encuentro poesía en cada vuelta, en cada *pase* que rima magestuosamente la suela del zapato; y en cada balanceo y en cada ondulacion del talle y en cada uno de los menores atractivos de la bailadora encuentro poesía.

En el Palacio de la Danza he encontrado una parodia imbécil de todo eso, y he jurado no volver. Demasiadas desazones tiene uno en el torbellino de la existencia para irlas á buscar donde no se le han perdido.

Miguel Eduardo Pardo

Paris, Junio de 1900.

El marqués de la Habana

Como militar vióse elevado á la más alta gerarquia de la milicia, y tomó parte en los principales hechos militares que se desarrollaron durante un periodo de más de medio siglo, y como político fué presidente del Consejo de Ministros, ministro de la Guerra, ocupó la presidencia del Senado y su influencia política fué grande y poderosa, por todo lo cual, la historia del primer marqués de la Habana, D. José Gutierrez de la Concha é Irigoyen, hállase íntimamente ligada con la historia patria de gran parte del siglo XIX y su personalidad tiene sobrado relieve para figurar entre las que son dignas de general estimacion.

El marqués de la Habana era hijo del heróico general don Juan Gutierrez de la Concha, defensor de Buenos Aires, con el benemérito D. Santiago Liniers, y como este fusilado por los insurrectos del Plata; nació en Córdoba de Tucuman (México) el 4 de Junio de 1809, ingresando á los trece años de edad en el colegio de Artilleria, del que fué profesor desde la terminacion de sus estudios hasta 1833, en que fué destinado al ejército de operaciones del Norte. Formando parte de este asistió á gran número de importantes hechos de armas, y tanto se

distinguió en todos ellos, que á la terminacion de la guerra se hallaba en posesion de la cruz laureada de San Fernando y del empleo de coronel.

A fines de 1843 ascendió á brigadier y fué nombrado jefe de Estado Mayor del ejército expedicionario de Cataluña y en 1844 dirigió el bloqueo de Cartagena, la que logró rendir, siéndole recompensado tal hecho con la cruz de San Fernando, obteniendo la misma recompensa y además el ascenso á mariscal de campo, por la toma de Santiago y pacificacion de Galicia, dos años después.

En 1850 fué nombrado por primera vez capitán general de la isla de Cuba, y esto dióle ocasion de prestar á la patria importantes servicios, entre los que figura el aniquilamiento de la insurreccion Lopez; volvió por segunda vez á Cuba en 1854 y entonces fué cuando se vieron recompensados sus servicios con el titulo de marqués de la Habana.

Al regresar á España en 1859, obtuvo el cargo de capitán general de Valencia, y más tarde los de director de Artilleria, embajador de España en Paris y ministro de la Guerra, sucesivamente. En 24 de Abril de 1868 ascendió á capitán general y al poco tiempo se hizo cargo de la presidencia del Consejo de Ministros y de la cartera de Guerra, que estuvo desempeñando hasta que la revolucion de aquel año arrojo del trono de España á los Borbones, quienes al restablecerse aquel le enviaron nuevamente á Cuba de donde volvió en 1875 para hacerse cargo del ejército que operaba en el Norte contra las huestes carlistas.

En 1885 se alejó definitivamente de la milicia y desde entonces vivió exclusivamente dedicado á la alta política, figurando entre los más prestigiosos y respetables liberales que militaban en el partido sagastino.

Hernando de Acevedo.

DE MADRID Á MURCIA

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA.

El empréstito

La nota del dia ha sido la farsa del empréstito, porque farsa ó torpeza inconcebible ha demostrado el Sr. Villaverde al suprimir por lesivo para el pais, el 4 por 100 amortizable para crear otro amortizable del 5 por 100 sin duda mas lesivo aun que el primero.

Cierto que triunfos semejantes los logra fácilmente cualquiera sin ser ministro de Hacienda y con solo poner un anuncio en la cuarta plana de cualquier periódico.

Si los silvelistas creen que pagando el dinero carísimo es un triunfo lograr que los empréstitos se cubran, con su pan se lo coman, y nada nos importa que perduren en tan grosero error.

Por de pronto, y aún dando el triunfo del empréstito por seguro, de él, tal como nos lo pintan los ministeriales, habría mucho que rebajar.

Es evidente que lanzar á la plaza 200 millones en papel amortizable al 5 por 100 de interés con garantia muy sólida cuando sólo en las cuentas corrientes del Banco de España hay cerca de 800 millones completamente improductivos, es ir á un triunfo seguro; pero sobre que ese triunfo le resulta carísimo al país, el ministro hubiera demostrado mejor sus dotes financieros si en lugar de ofrecer, cuando no era necesario, el oro y el moro hubiera aprovechado la abundancia del dinero para lograr éste en condiciones beneficiosas para el pais.

Pero estos triunfos, que son los únicos verdaderos, no relumbran tanto como poder anunciar, con bombo y platillos, que el empréstito se ha cubierto muchas veces, y que esto demuestra, entre otras cosas, el crédito que el gobierno merece al pais.

Serían lógicas estas afirmaciones si el señor Villaverde hubiera pedido el dinero en condiciones normales y bajo su palabra; pero no siendo así, lo único que puede afirmarse es el gran crédito que á los capitalistas merece la renta de taba-